

imparcial y por su sabiduría, hubo otros escritores de la misma raza indígena conocedores de las costumbres, tradiciones y acontecimientos de sus mayores (Ixtlizochitl, Chimolpáin, Mañoz Camargo, Pomar, Anónimo del Códice Ramirez, y Tezozomoc).

Por último las relaciones de varios conquistadores, acordes con las otras historias, vienen á aumentar su prestigio y autoridad (Hernán Cortés, Bernal Díaz, Conquistador Anónimo, Tapia, Ojeda, Mala, Dorantes).

Si con buena crítica se estudian tan preciosos elementos, que son verdaderas fuentes históricas, se encuentra que los unos se apoyan en los otros, y completándose reciprocamente están todos de acuerdo en el fondo principal, discrepando tan sólo en algunas fechas y acontecimientos secundarios; cuyas diferencias provenientes de alguna mala interpretación ó de alguna confusión, no autorizan en buena lógica para sentar consecuencias como la de Raynal.

SEGUNDA PARTE

EDAD MEDIA

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

CAPÍTULO PRIMERO

Los hombres del Norte. — Sus descubrimientos. — Viajes en el siglo xi.
— Cristóbal Colón. — Su educación y primeros años. — Sus trabajos.

Con el nombre de *hombres del Norte* son conocidos los daneses, escandinavos y normandos, que formaban distintas tribus y habitaban en las orillas del Báltico.

Desde tiempos muy remotos, el Norte fué siempre el lugar de donde se desbordaron las innumerables familias de bárbaros que fueron el azote del imperio romano; y todavía en el siglo x servía de patria á hombres que participaban de las costumbres de aquellos mismos bárbaros, teniendo las mismas instituciones que trajeron á la sociedad romana y con las que, según Guizot, cooperaron á la formación de la civilización europea: la independencia individual y la fuerza.

Guiados por ese mismo espíritu de independencia, diversos caudillos intentaron establecerse en países que, aunque despoblados, les ofrecieran la ventaja de servirles de asilo sin que nadie allí impetara sobre ellos. Éste es el móvil principal de sus viajes y exploraciones, robustecido frecuentemente por el deseo de librarse del castigo condigno á sus delitos, ó de alcanzar venganza de sus agravios.

Así es que esos pueblos exploraron primero las costas del Báltico, ensanchando sus posesiones, lanzándose más tarde en nuevos descubrimientos impulsados además por su infatigable actividad y por su espíritu belicoso y aventurero.

El pirata Naddod yendo para las islas Feroe, descubrió inesperadamente en el año de 861 una isla á la que llamó Islandia (tierra de nieve); en 877 Gunnbjorn descubrió las blancas cimas de la costa oriental de Groenlandia, la cual exploró en 885 Erik Raudi ó el rojo, quien la dió ese nombre para que por ser agradable (tierra verde) fuesen sus compatriotas á poblarla y se estableció definitivamente en ella en 985 con una colonia que llevó de Islandia en 33 bajeles, de los cuales sólo llegaron 14. El año de 1000 se introdujo en aquel país el cristianismo; en 1121 Gardar, su capital, fué ya sitio de un obispado, que sobrevivió al descubrimiento de América por Colón, y en 1261 la Groenlandia se reconoció tributaria de la corona de Noruega. Bjorn y Leif el venturoso descubrieron en 1001 y 1002 á Hellu-land (tierra pedregosa, hoy Terranova), Mark-land (tierra boscosa) y Vin-land (tierra de las viñas) colonizándose bien pronto tales comarcas; y aunque siglos después se destruyeron aquellos establecimientos coloniales, no cabe duda de que existieron. Así lo demuestran los Sagas confirmados por el descubrimiento hecho poco tiempo hace, de ruinas americanas de construcciones escandinavas, de caracteres é inscripciones rúnicas, tales como la de la roca Dighton en el Estado de Massachusetts y otros vestigios.

De esto resulta que en el siglo xiv ya se había descubierto la Groenlandia, la isla de Cumberland, la península del Labrador, la isla de Terranova (Hellu-land), el Canadá (Mark-land) y las riberas del río San Lorenzo (Vinlandia); habiendo autores que avancen hasta decir que en el siglo xiv ya se había hecho algún viaje á México.

Pero á pesar de tales descubrimientos la Europa no se conmovió; ni siquiera tuvo de ellos conocimiento sino cuando ya el ilustre Colón había hecho su primer viaje; quedando sin duda sepultados en el seno de las tribus descubridoras que no tenían grandes comunicaciones con las naciones civilizadas.

Mas cuando el triunfo de Mahomet II obligó á muchos sabios á abandonar á Constantinopla; cuando el trato íntimo de ellos con

los demás sabios, y por último, cuando la magnificencia de los Médicis operaba en Italia la época del *Renacimiento*, abriendo á la inteligencia campos de investigación más vastos que las obras de Aristóteles y san Agustín, y restaurando los estudios de los clásicos, entonces fué cuando el espíritu de viajes llegó á predominar.

Y no podía ser de otra manera: ¡ ya que los Bacon y Descartes ensanchaban la órbita de la inteligencia, era preciso que los navegantes hicieran retroceder también los límites del mundo conocido!

Tocóle á Portugal la misión de favorecer esas empresas: tanto por su situación geográfica y topográfica como por las guerras que con la Berberia tenia, las naves afluían á sus puertos numerosos, y como si la Providencia se empeñara en darle medios para que favoreciera las expediciones marítimas, suministróle al infante don Enrique, apasionadísimo marino.

En tiempo de don Enrique descubrieron Juan González Zarco y Tristan Vázquez la isla de Porto Santo, en 1418; la de Madeira en 1420; Gilianez dobló el cabo Bojador en 1433 y con esto exploraron las riberas del Senegal y toda la costa de África que se extiende hasta el cabo Verde.

Antes ya se habían descubierto las islas Canarias por Bethencourt y otras posesiones, así es que tanto descubrimiento hizo que la misma nación de Portugal, á fin de evitar conflictos con otras potencias, acudiera al Papa Martino V pidiéndole que le concediera el dominio sobre los países que descubriera, y el Pontífice así lo resolvió en 1438.

Más tarde descubrieron los portugueses las islas de cabo Verde y las Azores en 1449, y aunque tales expediciones sufrieron algo con la muerte del infante don Enrique acaecida en 1463, el impulso estaba ya dado y los descubrimientos continuaron, hasta el grado de que en 1486 Bartolomé Diaz dobló por vez primera el *Cabo Tormenoso* al que el rey don Juan II de Portugal puso por nombre « Cabo de Buena Esperanza ».

Además el espíritu de la época era tan decidido por los viajes y descubrimientos, que no sólo se revela por tantas y tan notables expediciones, sino que también se deja conocer por las fábulas y consejas que circulaban entonces como reales y positivas verdades, tales como el hallazgo de las islas de San Brandan, de Antilla y de las Siete Ciudades.

Pero ni hubo ningún navegante del genio de Colón, ni tampoco ningún proyecto tan notable como el suyo.

Cristóbal Colón nació en Génova por los años de 1435 á 1436, siendo sus padres Domingo Colombo y Susana Fontana Rosa. Como se ve su apellido era Colombo, pero él lo castellanizó cambiándolo en Colón.

Su padre ejercía el oficio de cardador de lana, con lo cual queda dicho que tenía escasos bienes de fortuna; pero la honradez y la virtud son los más preciosos dones que los padres pueden dejar á sus hijos.

Con los muy escasos elementos que Domingo Colombo poseía, costeóle á su hijo Cristóbal su aprendizaje en la Universidad de Pavia, donde estudió latín, cosmografía, matemáticas y dibujo, pero poco tiempo estuvo dedicado á las letras, porque él mismo dice que empezó su carrera de marino á los 14 años.

Hizo diversos viajes en el mar Mediterráneo, hallándose en la expedición del duque de Anjou contra Nápoles, y fué hasta la isla de Islandia, ensanchando así la esfera de sus conocimientos y acostumbrándose á vencer las dificultades.

Después pasó á Lisboa por el año de 1470 atraído por el estado floreciente de la marina portuguesa y quizá con la esperanza de mejorar de posición.

Allí casó con doña Felipa Moñis de Palestrello, hija de un navegante portugués, cuyos papeles recibió con gran placer, por contener descripciones de viajes y proyectos avanzados.

También fué allí donde concibió su proyecto asombroso de descubrir un nuevo derrotero para las Indias Orientales.

¿ Pero acaso tuvo conocimiento de los descubrimientos de los hombres del Norte?

Ni él lo dice en ninguna parte, ni ninguno de los historiadores, ni hay constancia alguna de que así hubiese acaecido. Todo lo contrario: habria sido imposible tal cosa tanto por las costumbres de aquellos descubridores, como porque aun en Dinamarca misma se supieron los sucesos referidos al principio, después del éxito brillante de Colón.

El espíritu de la época habíase infiltrado en el ilustre genovés: las lecturas de los viajes de Marco Polo y de Mandeville á la India, y las vivas descripciones de Cipango y de Cathay (costas de China

y Japón) habían impresionado su corazón, por lo que el deseo de hallar una vía más corta para las Indias, que preocupaba al comercio, lo hizo estudiar detenidamente tal asunto.

Empezando por allí, el cosmógrafo de genio se había extendido en sus meditaciones hasta formar su prodigiosa teoría.

Estudiando á Plinio, Estrabon, Ptolomeo, y Toricelli, se había convencido de que la Tierra era esférica, pero viviendo en una época de atraso y de ignorancia, no pudo eximirse de caer en el error craso de creer que la Asia se extendía muchísimo más hacia el Oeste.

Así es que él calculaba que suponiendo que la Tierra tuviera 10,000 leguas de circunferencia, que era lo que le daban los cosmógrafos, y habiendo de Venecia á Cathay (el punto más oriental que se conocía) 8,000 leguas según Marco Polo, y de Venecia á las Azores (el punto más occidental) 4,000 leguas, quedaban tan sólo de Cathay á las Azores 1,000 á lo sumo.

Esta teoría la fundaba: 1.º en la naturaleza de las cosas, pues siendo la Tierra esférica, necesariamente se habria de llegar al Oriente caminando hacia el Occidente; 2.º en las doctrinas de los sabios, y entre ellas las de Aristóteles, Séneca y Plinio que aseguraban que era posible ir en pocos días de Cádiz á las Indias, y 3.º en las narraciones de los navegantes, en cuyo concepto las Indias se extendían tanto al Oriente que ocupaban la mayor parte del espacio desconocido; y aun habían visto venir del Occidente por el mar, cañas inmensas, trozos de madera labrados y el cadáver de un hombre de distinta raza.

Compárese el descubrimiento de Colón, resultado de tan ingenioso cuanto razonado proyecto, con los de los hombres del Norte, fruto de la mera casualidad, y se verá que aun suponiendo que Colón los hubiera conocido, de nada le habrían servido para fundar su teoría.

Tampoco es cierto que se aprovechase de las noticias que se dice le dió el piloto de Huelva Alonso Sánchez, quien se supone que arrojado por una tempestad, descubrió las Indias y habiendo regresado á Europa con mil dificultades, murió en la casa de Colón, legándole tan interesante noticia; pues lejos de estar justificada aserción tan inverosímil, se encuentra desmentida por el hecho de haberse seguido diverso derrotero por el genovés del que se supone le fué revelado por el piloto.

En cuanto al globo de Andrés Behain que afirman los enemigos

de Colón le sirvió de guía por estar allí marcadas ya las costas del Brasil y del estrecho de Magallanes, basta reflexionar que el verdadero globo de Behain se hizo en 1492 y en Alemania, cuando ya el descubridor de la América surcaba las aguas del Océano, y que no es cierto que contenga las islas ó costas del Nuevo Mundo, siendo de advertir que la primera esfera en que tales datos se encuentran es la de Juan Schoener, descubierto por M. Olte y construída en el año de 1520.

Hasta aquí estaba concluída la primera parte; la teoría estaba desarrollada y concebida por la inteligencia esclarecida de Colón; faltaba todavía mostrar que para ejecutar tan colosal empresa era necesaria una voluntad tan enérgica que estuviera en armonía con aquel talento privilegiado.

Porque pasó Colón á Génova opinan muchos que fué á ofrecer á su nación la realización de su empresa, pero de esto no hay ningún dato fehaciente y por eso creen otros que á su ciudad natal sólo le llevó el deseo de ver á su anciano padre.

Al rey don Alfonso de Portugal le ofreció la empresa, mas no habiendo podido ocuparse ese monarca del negocio por sus guerras y disputas con España, dejó pasar el tiempo proponiéndosela después al rey don Juan II.

Este monarca hizo que examinara el negocio una junta compuesta de Diego Ortiz de Casadilla, obispo de Ceuta, y de los médicos judíos Rodrigo y José, todos de gran reputación literaria, aunque relativa, porque hay que tener presente la época de oscurantismo en que vivieron.

El Obispo se esforzó en demostrar que á lo que tendía la empresa de Colón era á impedir al Portugal sus descubrimientos en África, pretendiendo llevar sus naves á mares desconocidos de donde no traería utilidad ninguna, poniéndose la Corona en ridículo si salían fallidas las esperanzas del genovés; por lo que la junta desechó la idea.

El Rey sin embargo no quedó satisfecho, y para cerciorarse de la verosimilitud del proyecto y aprovecharse de todas las ventajas en caso de tener buen éxito sin hacer partícipe de ellas á su autor, y sin exponerse al pretendido ridículo de haber sido engañado por un aventurero, trató de burlar al ilustre genovés.

Pidióle al efecto todos sus mapas y derroteros so pretexto de exa-

minarlos, y aparentando mandar una expedición con viveres para la Africa, hizo que saliera de Lisboa con encargo de hacer el descubrimiento de las Indias, aprovechándose de las revelaciones de Colón.

Aconteció sin embargo que los navegantes portugueses sin fe en la expedición, sin los conocimientos necesarios y sin el valor suficiente para llevar á cabo tan ardua empresa, pronto se desanimaron aterrorizados por la inmensidad del Océano y por una fuerte tempestad, y resolvieron volverse, aunque diciendo para disculpar su cobardía que eran falsas las teorías propuestas.

Repugnante es este suceso, porque si el engaño es aborrecible en todos, no tiene nombre el hecho de que las personas revestidas de autoridad, falten á la buena fe que es la base de toda sociedad; mas él vino á demostrar que aun para la realización del proyecto se necesitaba genio.

Indignado Colón con tan vil proceder de don Juan II de Portugal, dejó este país y partió para España en busca de mejor suerte.

Entre las variadas descripciones de los trabajos de Colón en España, el espíritu critico, sin embargo, se ha abierto paso entre las autoridades y los errores y gracias á él y apoyados en documentos fehacientes encontrados en los archivos, podemos hoy afirmar sin temor de ser desmentidos que los hechos pasaron del siguiente modo.

Llegó Colón á España á fines de 1484, desembarcando en el puerto de Santa Maria ó en Sevilla donde se hallaba establecido al frente de una gran casa de comercio Juan Berardi, florentino y amigo suyo, que lo puso en contacto por medio de sus recomendaciones con los personajes más influentes de la corte.

En Sevilla ofreció la empresa al duque de Medinasidonia, don Enrique de Guzmán, quien aunque por de pronto se entusiasmó con la idea, la desechó luego y por eso imploró en seguida la protección del duque de Medinaceli, don Luis de Guzmán, por quien fué bien recibido. Dos años lo detuvo en su casa aquel ilustre potentado, y juzgando que tan grande empresa, más convenia á la reina que á él, así se lo manifestó y lo despidió dándole una recomendación para Alonso de Quintanilla, Contador Mayor de Castilla. Éste aprobó sus atrevidos proyectos y se declaró su favorecedor, recomendándolo á su vez al señor don Pedro González de Mendoza, Cardenal, Arzobispo de Toledo, que lo recibió muy bien. Este prelado puso en rela-

ción directa á Colón con los Reyes, consiguiéndole una audiencia en 20 de enero de 1486, en la cual expuso el genovés sus ideas y sus fundadas esperanzas. El rey don Fernando acogió con frialdad aquellas proposiciones que juzgó aventuradas, y por eso para desecharlo el proyecto sin contrariar abiertamente las elevadas miras de la reina Isabel, lo pasó á examen de fray Fernando de Talavera, su confesor, prior de Prado y poco después obispo de Ávila y más tarde primer arzobispo de Granada, que se había declarado enemigo acérrimo de tal proyecto.

El mismo prior formó la Junta, que tuvo un carácter oficial, y habiéndose reunido en Córdoba, en principios de 1486, manifestó á sus Altezas « que en opinión de la Junta el propuesto proyecto era vano é imposible y que no convenia á tan grandes principes tomar parte en semejante empresa y de tan poco fundamento ». Ya entonces sin embargo, favorecian á Colón, á más del Cardenal, del Duque y del Contador ya citados, el dominico fray Diego de Deza que después fué Arzobispo de Sevilla; Juan Cabrero, camarero del rey; doña Beatriz Fernández de Bobadilla, marquesa de Moya, y su esposo Andrés Cabrera; doña Juana de la Torre, ama del príncipe don Juan; Gricio, secretario de la reina; el Tesorero Rafael Sánchez; el padre Fr. Gaspar Gorricio; el doctor Chanca y particularmente fray Antonio de Marchena.

La influencia de éstos hizo que á pesar del dictamen terminante de la Junta de Córdoba, no se desechara decididamente el proyecto, sino sólo se le despidiera por el momento haciéndole concebir esperanzas para más tarde.

También hicieron sus amigos que se abrieran en Salamanca unas conferencias sobre el proyecto, habiendo tenido lugar en el convento de San Esteban durante el verano de 1486, bajo la presidencia de fray Diego de Deza. Concurrieron muchos religiosos y cosmógrafos instruidos, así es que la opinión emitida por ese oficioso consejo fué favorable al genovés, en contraposición con el de la junta del Prior de Prado, así como fueron también contrarias las argumentaciones en uno y otro; pues mientras en la Junta oficial de Córdoba que presidió Talavera, se emitieron las opiniones más disparatadas acerca de la redondez del globo, y se hicieron las más torpes objeciones al proyecto, en la oficiosa de Salamanca, por el contrario, se apreció la cuestión en su positivo valor.

Así se explica que habiendo salido los Reyes de Salamanca en lunes 29 de enero de 1487 para ir á sitiar á Vélez Malaga, muy poco después tomaran al futuro almirante á su servicio pensionándolo, porque existen en Simancas cuentas en que consta que en 5 de mayo de ese año ya se le ministraron tres mil maravedis por orden real, habiéndosele ministrado después siete mil maravedis en 27 de agosto, cuatro mil en 15 de octubre y tres mil en 16 de junio de 1488.

Siguió á la corte en sus campañas contra los moros por espacio de tres años, en cuyo tiempo hizo sus proposiciones que fueron calificadas de exageradas, por lo que algo desesperanzado hizo algunas gestiones epistolares ante otro soberano, que dieron por resultado, según él mismo refiere, que recibiera « cartas de ruego de tres principes » que fueron los de Portugal, Francia é Inglaterra.

Cansado al fin, abandonó aquella Corte, dirigiéndose á Portugal; pero al llegar á Palos de Moguer, fué recibido con entusiasmo por el Prior del Convento de Santa María de la Rábida, fray Juan Pérez, á quien vió hasta entonces *por primera vez*. Este ilustrado religioso después de oír á Colón, llamó al físico Garcia Hernández para conferenciar con él, y encontrando tan sólidos los razonamientos del genovés, temeroso de que para siempre se perdiera para España la gloria del descubrimiento de aquella nueva via, le escribió á la Reina Isabel, de quien era confesor, interponiendo su influencia, *no para que se admitiese el proyecto*, porque ya había sido aceptado, *sino para que se admitiesen las proposiciones que hacia para llevarlo á cabo*.

Á los catorce dias contestó la Reina al Prior mandándole se le presentase y dejase á Colón *en seguridad de esperanza*, hasta que ella le escribiese, y habiendo partido al punto, influyó de tal suerte en el ánimo de la ilustre soberana, que logró que le escribiese desde Santa Fe á Colón, llamándolo y enviándole por conducto de Diego Rodriguez Prieto, alcalde de Palos, « 20,000 maravedis á fin de que se vistiera honestamente e comprase una bestezuela e compareciese ante S. A. »

Una vez de nuevo en la Corte, se trató desde luego de allanar todas las dificultades, no habiendo sido necesario que la Reina empeñara sus alhajas, porque Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla, tesoreros, facilitaron la suma de veinte mil pesos¹; y en 17

1. • Pero si todavía os parece, Santangel, que ese hombre, dijo la

de abril de 1492 se firmó en Santa Fe (frente á Granada), el tratado celebrado entre los Reyes Católicos y Colón, y que comprendía las cláusulas que ya se han mencionado.

CAPÍTULO II

Viajes de Colón. — Sus infortunios y su muerte. — Isabel la Católica. — Línea Alejandrina. — Diversos viajes y exploraciones. — Espíritu de conquista.

Diez y ocho años de constancia, de afanes y trabajos produjeron el tratado de Santa Fe.

Contento y satisfecho Colón partió en 12 de mayo á la costa á preparar las naves, pero se encontró entonces con otra dificultad imprevista: nadie quería tomar parte en un viaje tan temerario y por tanto no tenía bajeles. Esto ocasionó la resolución de los Reyes de ordenar á los marinos y dueños de naves, que sin demora pusieran sus personas y propiedades á disposición del Almirante; ejemplo claro del poder omnimodo de aquel tiempo, si bien se dice que tal orden era resultado de una sentencia del Consejo por la que se condenaba á los vecinos de «Palos á servir un año á su costa por algunas cosas fechas en deservicio de los Reyes.»

En cumplimiento de esa real orden y de acuerdo con Colón, Martín Alonso Pinzón se preparó con dos naves y le ayudó mucho á vencer este último obstáculo. Se tomó por la fuerza otra nave de Quintero y una vez alistados tres bajeles, estaban concluidos los preparativos.

La *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* con ciento veinte tripulantes, con viveres para un año y mandadas la primera por el mismo almi-

Reyna, no podrá sufrir tanta tardanza, yo tendré por bien que sobre joyas de mi recámara se busquen prestados los dineros que para hacer la armada pide y vayase luego á entender en ello.» — «Señora serenísima, contestó el Tesorero, no hay necesidad de que para ésto se empenen las joyas de Vuestra Alteza: muy pequeño será el servicio que yo haré á V. A. y al Rey mi señor, prestando el cuento de mi casa; sino que V. A. mande enviar por Colón, el cual creo es ya partido.»

rante; la segunda por Martín Alonso Pinzón y la tercera por Vicente Yañez Pinzón, formaban toda la flota.

Se dieron á la vela en la Barra de Saltes junto á Palos, el viernes 3 de agosto de 1492; pero habiéndose roto el timón de la *Pinta*, tuvieron que detenerse en las islas Canarias, de donde salieron en dirección del Oeste, el 6 de septiembre.

Sin apartarse de esa ruta, el 13 de septiembre, distando 200 leguas de la isla de Hierro, observó Colón que la brújula variaba de punto de indicación; el 14 vieron una garza y un pájaro que revoloteaban cerca de los buques; el 21 se encontraban en una parte del Océano cubierta enteramente de plantas marinas, á la que pusieron por nombre «mar de hierbas», y ya se manifestaban en la tripulación síntomas de disgusto. El 1º de octubre habían caminado desde las Canarias setecientos siete leguas, aunque sólo suponían haber andado 580, pues Colón llevaba dos diarios de bitácora, uno público, en el que ocultaba cada día varias leguas, y el otro para su uso personal, y en el que constaba la verdadera distancia recorrida¹.

El disgusto había estallado ya entre los navegantes, porque temían que el Almirante los perdiera en aquellos desconocidos piélagos, y

1. La brújula, que es una aguja imantada puesta sobre un eje de acero puntiagudo, fué denominada así y perfeccionada por el marino napolitano Flavio Gioja.

En la antigüedad se conoció la propiedad del imán, sobre la cual se funda la teoría de la brújula, pero jamás se pensó entonces en su propiedad de apuntar siempre al Norte.

En Europa fué conocida por primera vez y con grande imperfección en el siglo XII en que los cruzados se pusieron en comunicación con los árabes, que fueron quienes les proporcionaron tan útil invento. Lo adquirieron también los árabes de los indios, quienes lo tomaron de los chinos, que fueron los primeros navegantes que emplearon la brújula desde el siglo II según algunos y desde el XI según los documentos más antiguos.

Colón fué el primero que descubrió que la aguja se desvía sensiblemente del verdadero Norte, lo cual se debe á que el polo magnético es distinto del polo terrestre, y en consecuencia el meridiano magnético en vez de confundirse con el meridiano astronómico, forma con él un ángulo de grados que es lo que se llama *declinación*.

Tampoco se confunde el plano de la aguja con el plano horizontal, variando notablemente esa diferencia mientras más se separa del ecuador, pues cerca del polo llega á estar enteramente vertical, designándose con el nombre de *inclinación* semejante fenómeno.

como vieran que por nada quería retroceder, pensaron en matarlo para poderse volver, pero el temor de no acertar con el camino, los libró de tan horrible crimen, habiendo tenido que conformarse y seguir su camino, sin que sea cierto que les prometió Colón volverse si dentro de tres días no descubría tierra; pues tal dicho fué inventado por Oviedo á fin de rebajar el mérito de la energía del Almirante, pero sin que sea cierto, pues éste jamás pensó en entrar en transacciones con los marinos resolviéndose á abandonar su empresa cuando ya tocaba á su fin.

Muchas señales de tierra se presentaban cada día, y como se había ofrecido una pensión de 20 escudos al que primero descubriera tierra, á diario la estaban anunciando, ocasionando con esto alarma y pérdida de tiempo: así es que fué preciso mandar por bando que el que gritara tierra, sin que se descubriera dentro de los tres días siguientes, perdería el derecho á la pensión, aun cuando después la descubriera en efecto.

Por fin el 11 de octubre á cosa de las diez de la noche, el mismo Almirante vió relumbrar una luz lejana y movediza. Llamó luego á Pedro Gutiérrez y á Rodrigo Sánchez de Segovia, quienes se cercioraron del hecho; así es que se recogieron las velas de los buques y se mandó estar alerta.

Á las dos de la mañana del viernes 12 un cañonazo de la *Pinta* anunció que se había encontrado tierra, la que fué descubierta por Rodrigo de Triana, según relación del genovés ó por Juan Rodríguez Bermejo según autorizados testigos.

La pensión sin embargo se adjudicó á Colón, por haber sido el primero que vió la luz indicadora de tierra firme¹, así es que tuvo la gloria no sólo de idear el sublime proyecto y ponerlo en práctica, sino aun la de ver el primero las nuevas tierras del Nuevo Mundo.

Más tarde, y cuando el sol había iluminado ya aquellas comarcas, desembarcaron tomando posesión de aquellas tierras en nombre de

1. Parece que la luz que observó Colón estaba en la isla de Watling, porque de ésta á la de S. Salvador hay precisamente las mismas horas de distancia que las que mediaron entre la percepción de la luz y el descubrimiento de tierra, y porque no habría sido posible distinguir desde tan lejos una hoguera si ésta se hubiera hallado en la isla descubierta. De esa suerte buscaban tierra con ahínco, pasando casi por las orillas de ella!

Fernando ó Isabel. Estaban en la isla de Guanahani, á la que pusieron por nombre San Salvador en el archipiélago de las Lucayas¹.

« Grande fué su alegría cuando vieron las extensas florestas que embellecían sus playas, vista que les hizo redoblar sus esfuerzos para llegar á aquella orilla de la cual tan corto espacio los separaba ya. Estaban los árboles de la costa cargados de frutos de tentador matiz pero desconocida especie. La pureza y suavidad de la atmósfera, la diafanidad de las aguas que bañan aquellas islas, les daban extraordinaria belleza y produjeron mucho efecto en el ánimo de Colón, tan susceptible de este género de impresiones.

« No bien hubo desembarcado cuando se arrodilló reverentemente, besó la tierra y dió gracias al Todopoderoso con lágrimas de alegría. Imitaron los de la comitiva su ejemplo con el corazón rebosando de gratitud y alegría. Colón se levantó después, desnudó la espada y tremolando el estandarte real, llamó al rededor suyo á los dos capitanes, á Rodrigo de Escovedo, escribano de la escuadra, á Rodrigo Sánchez y los demás que habían desembarcado y tomó posesión de la isla en nombre de los monarcas de Castilla, dándole el nombre de San Salvador. Cumplidas las ceremonias y formas necesarias, exigió de los presentes le prestasen el juramento de obediencia como Almirante y Virrey, representante de las personas de los soberanos. »

Los naturales andaban desnudos y con el cuerpo pintado de colores, por lo que revelaban desde luego muy poca cultura, pero eran hospitalarios y recibieron muy bien á los descubridores, que permanecieron allí dos días.

1. Al afirmar que la primera isla descubierta por Colón, fué la de San Salvador, me he apoyado en la opinión del mismo descubridor y de Las Casas, confirmada por los itinerarios y cartas de Juan de la Cosa, Diego Rivero y Juan Ponce de León y por una general tradición corroborada en nuestros días por Washington Irving que hizo un viaje al efecto, por el barón de Humboldt, autoridad tan competente en materias científicas y por el crítico eminente don Tomás Rodríguez Pinilla.

Don Juan B. Muñoz creyó que la verdadera Guanahani era la isla Waltings á 13 leguas de la del « Gato », que es la que hoy se llama San Salvador, aserción admitida por el capitán Becher.

Don Martín F. de Navarrete fué de opinión que era la del « Gran Turco », á los 21° 30' de latitud N.; Varnhagen sostiene que la verdadera Guanahani es la isla « Mariguana » y Fox que es la designada hoy con el nombre de « Samana » al N. O. de aquélla.

El 13 descubrieron otra pequeña isla á que llamaron Santa María y al día siguiente desembarcaron en otra mucho más grande y rica, á la que pusieron por nombre Fernandina y que hoy se llama de Santo Domingo.

Prosiguiendo el Almirante sus exploraciones con el mayor entusiasmo, encontró el 19 una nueva isla á la que dió el nombre de Isabela, en la que por los vientos contrarios tuvo que esperar hasta el 24, llegando el día 28 á la mayor de las Antillas. Maravillado quedó el ilustre genovés con la vista de Cuba, cuya costa exploró por varios días descubriendo siempre nuevos y hermosísimos cuadros de una naturaleza tropical, y hallándola tan grande que pensó sería la tierra firme de la costa Oriental de Asia. Mientras se ocupaba en tales exploraciones, Pinzón guiado por su codicia pensó en partir á hacer nuevos descubrimientos por su propia cuenta y en volver después á España para atribuirse el descubrimiento, suponiendo que había muerto Colón, y al efecto desertó el 21 de noviembre con su nave que era la más velera, sin que sus compañeros volviessen á tener noticia suya.

El 5 de diciembre encontró el ilustre genovés otra nueva isla á la que arribó el 6 en un buen puerto bautizado con el nombre de San Nicolás y después de una ligera exploración fué llamada « La Española » porque encontró alguna semejanza con las más bellas provincias de España. El día 22 recibió una embajada del cacique Guanacari con algunos presentes, por lo que partió á verlo encontrándolo en una población, la mejor que hasta allí habían visto y que revelaba en sus habitantes mayor cultura que en los de las otras partes del archipiélago. Guanacari se mostró adicto á sus huéspedes, manifestando sentimientos delicados y generosos; y los invitó á que se estableciesen en sus tierras, por lo que se aceptó la idea y se fundó allí una colonia. El 24 de diciembre por la noche y mientras navegaba Colón para el puerto de la Concepción, por un descuido del piloto, naufragó la carabela *Santa María*, de suerte que no quedándole más nave que *La Niña*, construyó en la nueva colonia un fuerte que llamó de Navidad. Una vez concluido, resolvió dejar en él una parte de la tripulación y volverse á España con el resto, pues corría el riesgo de que por cualquier evento se perdiera la única nave de que disponía, quedándose entonces aislado y sin esperanza de socorro; designó á Diego de Arana por jefe, y dejando á sus

órdenes á treinta hombres de los más idóneos, recomendóselos á Guanacari y despidiéndose cariñosamente, se hizo á la vela á España el día 4 de enero de 1493.

Apenas empezado el viaje se encontró á los dos días con Martín Alonso Pinzón que le dió una satisfacción por su conducta y se incorporó de nuevo, y aunque ya con sus dos naves y tripulantes, deseaba seguir sus exploraciones por aquellos mares tan sembrados de desconocidas y ricas tierras, no tuvo la suficiente confianza en que siguiera siendo fiel Pinzón y siguió por eso su comenzado viaje.

No tuvo la misma suerte en esta travesía que en la primera, porque recias tormentas y contrarios vientos pusieron en gran peligro las dos frágiles naves: dos veces estuvieron á punto de zozobrar y creyendo seguro su naufragio, el Almirante hizo poner la narración de sus descubrimientos dentro de un pan de cera que en un tonel arrojó al mar con la esperanza de que algún día llegara á encontrarse y no fuera estéril su sacrificio; vana precaución que no hubiera salvado del olvido aquella empresa, pues hasta hoy jamás ha llegado á saberse el paradero de tan curiosa reliquia histórica. Pinzón volvió á desertar y por fin el 15 de febrero llegaron á la isla de Santa María en el grupo de las Azores.

Fué bien recibido de parte del Gobernador Juan de Castanheda, por lo que al siguiente día acordaron cumplir un voto que de visitar procesionalmente y descalzos la primera iglesia de la Virgen que encontrasen, habían hecho cuando corrían el peligro de ser sepultados por las enfurecidas olas. Desembarcó pues, la mitad de la tripulación con el expresado objeto, quedándose el resto en la nave á fin de no dejarla abandonada; pero apenas habían empezado sus rezos en la iglesia, cuando el desleal Gobernador la rodeó con gente armada y los hizo á todos prisioneros; mas la actitud que con su nave tomó Colón y el haber mostrado sus títulos y reales provisiones, hicieron que al día siguiente los diera libres Castanheda.

El 24 se dió á la vela y el 4 de marzo arribó al Tajo, después de sufrir nueva y espantosa tormenta, desembarcando en el puerto de Lisboa á los tres días. Pasó de allí á Valparaiso donde estaba la corte y fué recibido amablemente por el rey don Juan II, emprendiendo pocos días después por el puerto de Palos al cual llegó el viernes 14 de mayo, su camino para Barcelona donde se encontraban los Reyes Católicos.

« Á mediados de abril llegó Colón á Barcelona donde se habían hecho todos los preparativos oportunos para recibirle con solemne pompa y magnificencia. La hermosura y serenidad del tiempo en aquella apacible estación y favorecido clima, contribuyeron á dar esplendor á esta memorable ceremonia. Al aproximarse á la muralla, salieron á recibirle y felicitarle muchos jóvenes nobles de la corte y caballeros de alta alcurnia, seguidos de un vasto concurso de gentes del pueblo. Su entrada en aquella ilustre ciudad se ha comparado á los triunfos de los conquistadores romanos. Primero venían los indios pintados según la usanza selvática y ataviados con sus adornos de oro. Después seguían varias especies de loros vivos y otras aves y animales desconocidos y plantas raras que se suponían de preciosas cualidades: habiéndose cuidado de hacer también ostentoso alarde de diademas indias, brazaletes y otros adornos de oro, que diesen idea de la opulencia de las recién descubiertas regiones. El último seguía Colón á caballo, rodeado de una brillante comitiva de nobleza española. Las calles estaban casi intransitables de gente; las ventanas y balcones coronados de damas y hasta los tejados llenos de espectadores. Parecía que no se saciaba la vista pública de contemplar aquellos trofeos de un mundo desconocido, ni al hombre extraordinario que lo había descubierto. Resplandecía cierta sublimidad en aquel suceso que prestaba sentimientos solemnes al gozo público. Mirábase como una vasta y señalada merced de la Providencia, para premio de la piedad de los monarcas; y el aspecto majestuoso y venerable del descubridor, tan diferente de aquella juvenil bizarria que se espera en los que acaban audaces empresas, armonizaba con la dignidad y alteza de tan grande hazaña. »

Tan luego como se aproximó se levantaron de sus asientos los Reyes Católicos y no permitiéndole que les besara la mano, lo sentaron á su lado y escucharon conmovidos la narración que les hiciera de las nuevas tierras, concluyendo por caer de rodillas enternecidos y dar gracias á Dios con lágrimas en los ojos, entre las entonaciones del *Te Deum laudamus*.

El brillante éxito del primer viaje del descubridor, las esperanzas que manifestaba de encontrar aún tierras más ricas, la soberbia acogida que acababa de dársele y el deseo de lucro tan común en todos los hombres, hicieron que se extendiera el mayor entusiasmo

y gusto por los viajes al Nuevo Mundo, rivalizando en tal empeño distintas de las naciones europeas.

Por tal motivo, á la vez que se preparaba una nueva y mejor expedición, se pedía al Sumo Pontífice el dominio de las naciones infieles que descubriesen, como en efecto lo concedió Alejandro VI por bula de 2 de mayo de 1493, y como ya antes se habían concedido idénticos derechos al Portugal, á fin de evitar conflictos se fijó un límite á los descubrimientos de ambas naciones. Se supuso una línea ó meridiano distante hacia el Occidente cien leguas de las Azores, que debiera separar las dos naciones, de suerte que todas las tierras que se descubriesen al Occidente, pertenecerían á los reyes de España y todas las que se encontrasen al Oriente serían de los de Portugal; pero después de graves cuestiones vino á convenirse por los dos gobiernos en cambiar la línea Alejandrina, fijando el límite en el meridiano que se trazara á trescientas sesenta leguas al Occidente de las islas del Cabo Verde.

El 23 de septiembre salió de Cádiz el Almirante para volver al Nuevo Mundo con tres buques de á cien toneladas y catorce carabelas, con mil quinientas personas.

En esta vez descubrió las islas de la Dominica, Marigalante, Guadalupe, Monserrate, Santa Maria de la Redonda, Santa Maria de la Antigua, San Martín, Santa Cruz, Santa Úrsula con las once mil vírgenes, San Juan Bautista llamada después Puerto-Rico, y la de Santiago que más tarde se llamó Jámica.

Cuando llegó á la colonia de Navidad la encontró enteramente destruida y despoblada, pues á consecuencia de los excesos cometidos por los españoles, los naturales se habían rebelado y los hicieron perecer. El bondadoso Guanacari, que siempre les fué fiel, recibió más tarde un indigno pago, pues lo obligaron á entregar fuertes tributos y tanto por esto, como por estar mal querido de los isleños por su amistad con los conquistadores, se remontó á desiertas montañas donde murió en la obscuridad.

Hizo Colón un viaje de exploración por las costas de Cuba, y como creyera encontrarse en tierra firme perteneciente á las Indias dió el nombre de *indios* á aquellos pobladores.

Después de haber sometido por las armas á algunos isleños que se habían rebelado, constituyéndose en conquistador, y deseoso de mostrar á España toda la riqueza de aquellas comarcas, les impuso

un pesado tributo á todos los habitantes que aparentemente representaran más de catorce años de edad. El tributo consistía en cierta cantidad de polvo de oro que tenían que entregarle todos, y en cambio del cual les daba por recibo una ligera medalla de cobre que tenían obligación de colgarse del cuello, de suerte que el que no traía aquella constancia de pago, era castigado severamente.

Ocupado estaba en tales tareas y en buscar algunas minas de que se le dió noticia, cuando llegó á la Isabela en octubre de 1495 Juan Aguado con comisión de los Reyes de examinar su conducta así como las riquezas de las Indias, pues ya se habían levantado mil quejas en su contra.

Dejando en la colonia á su hermano don Bartolomé, con el título de Adelantado, el genovés se embarcó en compañía de Aguado con dirección á España en marzo de 1496, llegando al puerto gaditano en 11 de junio.

Se presentó á los Reyes en la ciudad de Burgos, siendo recibido con la misma benevolencia que la vez primera, aunque ya en el público había disminuído mucho su popularidad, y les propuso se enviara una nueva expedición.

Aprobado el pensamiento de Colón, no se le pudieron ministrar los fondos necesarios por la absoluta penuria del erario, por lo que no pudo emprender su tercer viaje sino hasta el 30 de mayo de 1498 en que salió con seis buques del puerto de San Lúcar de Barrameda y dirigiéndose un poco al Sur de sus anteriores derroteros, descubrió la isla de Trinidad el 31 de julio. Exploró en seguida el golfo de Paria descubriendo la tierra firme el miércoles 1.º de agosto, aunque por haber creído que era isla, púsole por nombre « isla Santa » y juzgando que la punta de Paria también lo era, llamóle « isla de Gracia » después de lo cual volvió á la Española llegando el día 30 de agosto.

Supo entonces todas las penalidades y fatigas sufridas durante su ausencia por el Adelantado don Bartolomé, pues habiendo castigado con la hoguera á unos indios que habían hecho pedazos las imágenes de una capilla de la Vega, se indignaron todos los naturales que á las órdenes del belicoso cacique Guarionex se rebelaron, y aunque muy á tiempo sofocó don Bartolomé aquella rebelión, sin embargo el espíritu de insubordinación y el amor á la independencia empezaban á hacerse sentir.

El Alcalde mayor Francisco Roldán se aprovechó de aquellas circunstancias y seguido de varios españoles ambiciosos y de los indios engañados, se levantó en armas desconociendo la autoridad del Adelantado; mas aunque la llegada de España de Pedro Hernández Coronel en 3 de febrero de 1498 salvó de la ruina la colonia, todavía duraba la sedición y el trastorno consiguiente cuando arribó el Almirante. Se ocupó en consecuencia en someterlos, á cuyo efecto entró en capitulaciones con Roldán y demás conjurados, acabando por remitirlos á España con buenas ganancias.

En la corte se había formado un poderoso partido contra Colón, tanto por la envidia que su genio y fortuna despertaba en los corazones depravados, como por los sucesos ocurridos, de suerte que se le acusaba de defraudar las rentas públicas supuesto que hasta allí no correspondían los productos de las nuevas colonias á los gastos en ellas erogados, así como también de poco experto en el gobierno, de tirano é inicuo.

Alguna parte tuvo en sus desgracias el ilustre marino, pues cuando sometía á la esclavitud á aquellos isleños acostumbrados á la libertad y con el santo derecho que á ella ha concedido la naturaleza valiéndose para conseguirlo aun de bravísimos perros de presa; cuando los repartía en encomiendas, expropiándolos de sus tierras para darlas á sus soldados, á la vez que faltaba al sentimiento del derecho, fomentaba el disgusto entre los españoles. Fuente inagotable de odio y de resentimientos es la codicia y la envidia, y con aquellos inicuos repartimientos se disgustaban los mismos favorecidos siempre que no les tocaba la mejor parte, como era imposible que á cada uno le tocase.

El espíritu frío é ingrato del rey Fernando estaba siempre mejor dispuesto á acoger las quejas contra Colón, pero el generoso de la noble Isabel necesitó rendirse á la evidencia. Protectora decidida de los desgraciados indios, había dado repetidas órdenes para que se les convirtiese á la fe cristiana sin maltazarlos ni esclavizarlos, así es que cuando ella misma vió los esclavos que traían con consentimiento del Virrey, Roldán y los que venían de Indias, no pudo contener su disgusto. « ¿Quién dió licencia á Colón y qué derecho tiene para repartir y regalar mis vasallos? » dijo, y dudando de si en lo demás obraría tan mal é inobedientemente como en esto, dispuso se nombrara un juez de residencia.

Recayó la elección en Francisco de Bobadilla, Comendador de la Orden de Calatrava á quien se facultó para que averiguase las causas de la pasada rebelión, el estado de las colonias y todo lo que pudiera saberse, pudiendo remitir á España á toda clase de personas que juzgase conveniente.

No se limitó á esto sólo el celo de la reina, sino que, impresionada por las desgracias de cosa de trescientos indios de distintos sexos y edades que habian llevado á la metrópoli, mandó que so pena de muerte les volviesen á todos su libertad inmediatamente. ¡Como si no bastara á aquella noble mujer la gloria del descubrimiento, se hacia acreedora á las bendiciones de los habitantes del Nuevo Mundo por la filantrópica y ardiente protección que les concediera!

Bobadilla llegó al puerto de Santo Domingo el día 23 de agosto de 1500, pero si el hecho de enviarlo constituía una desconfianza de Colón por parte de los Reyes, la manera con que ejecutó su mandato importó una verdadera ofensa, pues invirtiendo las reales instrucciones, antes de investigar cuál habia sido la conducta del Almirante, se apoderó del gobierno. Y como si esto no fuera bastante, llegó á aprehender á Colón y ponerle grillos y cadenas, remitiéndolo á España en principios de octubre¹.

En la travesía, Alonso Villejo encargado de su custodia y Andrés Martín dueño de la carabela, quisieron quitarle las ominosas cadenas, pero él se opuso diciéndoles: « ¡No! sus Majestades me mandaron por escrito que me sometiese á lo que Bobadilla ordenase en su nombre; por su autoridad me ha puesto estas cadenas, yo las llevaré hasta que ellos me las manden quitar y las conservaré después como reliquias y memoria del premio de mis servicios. »

Por fortuna tan luego como llegó á Cadiz y supo la reina la conducta de Bobadilla, escribió á su protegido una carta afectuosa,

1. Refiere el ilustre Obispo de Chiapas que al llegar A. Villejo con su escolta para conducir preso al buque al inmortal Colón, lo halló abatido y con el temor de que lo sacrificasen sin oírlo; así es que al verlo, creyendo que lo iba á conducir al patíbulo: — « ¡Villejo!... le dijo tristemente: ¿adónde me lleváis? — Al buque, señor excelentísimo, á embarcarse. — ¡A embarcarse!... repitió con vehemencia Colón. Villejo, ¿me decís la verdad? — Por la vida de V. E., replicó el oficial, que es cierto. » Palabras que reanimaron su espíritu.

ordenó se le pusiese al punto en completa libertad y se le diesen adelantados para sus gastos ocho mil quinientos pesos.

Una vez vindicado de las injustas acusaciones de enemigos desleales, y reunidos los fondos necesarios, volvió Colón á Indias, emprendiendo su cuarto y último viaje el día 9 de mayo de 1502, con cuatro carabelas tripuladas por ciento cincuenta hombres.

En esta vez descubrió algunas de las islas Caribes, exploró las costas de Honduras y Mosquitos y descubrió también á Puerto Bello; pero después de luchar con todo género de elementos adversos: con las rebeliones de españoles é indígenas, con la falta absoluta de provisiones, con furiosas tormentas y negras ingratitudes, muy enfermo de gota, volvió á su adoptiva patria llegando en 7 de noviembre de 1504.

Detivose en Sevilla por sus enfermedades y cuando se preparaba á presentar á los monarcas sus memoriales para que le volviesen sus honores estipulados por el tratado de Santa Fe, recibió la infausta nueva de la muerte de su protectora la magnánima reina Isabel, acaecida en Medina del Campo el día 26 de noviembre de 1504.

Esta princesa, hija del rey don Juan II de Castilla y de doña Isabel de Portugal, habia nacido en Madrigal á 22 de abril de 1431, y cuando murió su padre, tres años después, dejóle señalada por patrimonio la villa de Cuellar con su territorio y una gran suma de dinero.

La corona de Castilla pasó entonces á don Enrique IV, medio hermano de la infanta doña Isabel, pues era hijo del primer matrimonio de don Juan con doña Maria de Aragón.

La mala conducta de este monarca, su incapacidad para gobernar y la privanza que habia concedido en los negocios públicos á don Beltrán de la Cueva, fueron otras tantas causas del descrédito en que cayó á los ojos del pueblo castellano, contrastando con tan graves defectos el carácter virtuoso y distinguido de la infanta, por lo que mientras el Rey era aborrecido, á ella más se le amaba.

Sin embargo nada era más difícil que prever su exaltación al trono, pues don Enrique IV habia tenido de su matrimonio con doña Juana de Portugal, una hija, doña Juana, llamada por las leyes de sucesión como princesa de Asturias á ocupar el trono de Castilla, pero el pueblo irritado por el mal gobierno del monarca é indis-

creto á la vez, nególe á aquella joven la legitimidad de nacimiento que su padre le reconocía y llamándola *la Beltraneja* por suponerla hija del favorito don Beltrán, le negó el derecho que la constitución le reconocía.

Aun así, recaía la corona en el príncipe don Alfonso que sirvió de centro á la bandera de los descontentos; pero habiendo muerto en 1468, envenenado se dice, con una trucha que le prepararon los de la facción de don Enrique IV, todos sus partidarios se fijaron en la princesa Isabel.

En los Toros de Guisando reconoció el abyecto Enrique IV los derechos hereditarios de su hermana doña Isabel con mengua de los de su propia hija y de su misma honra, y aunque al morir pretendió cambiar aquel acuerdo, el pueblo no consintió en ello jurando á la ilustre reina en el año de 1474.

Cinco años antes había casado con el príncipe don Fernando de Aragón á quien prefirió á sus numerosos pretendientes, pues el rey don Alfonso de Portugal, el príncipe don Carlos de Viana, don Pedro Girón, gran maestre de Calatrava y los hermanos de los reyes de Francia y de Inglaterra le habían disputado su corazón.

Don Fernando por una serie semejante de inopinados sucesos vino más tarde á ceñirse la corona de Aragón, reuniendo así este real matrimonio los más poderosos cetros de España y como aumentarán su poder con los reinos de Granada y de Navarra, lo mismo que con la concentración de las órdenes militares, formaron la verdadera unidad española.

La reina Isabel, piadosa, activa, hábil y previsora en las cuestiones de gobierno, generosa en sus resoluciones y clementísima con sus nuevos vasallos los indigenas, tuvo mil sufrimientos con la muerte de sus hijos y la desventura de doña Juana, *la loca*, por lo que agobiada, pero siempre sufrida, murió como se ha dicho, no sin encargar en su testamento que se cuidase de que los habitantes de las islas y tierra firme descubiertas y por descubrir, no sufrieran ningún agravio en sus personas y sus bienes.

1. La reina de Castilla doña Urraca casó en el año de 1109 con el rey de Aragón don Alfonso I, pudiendo haberse unido desde entonces las dos monarquías y apresurar la unificación del gobierno español; pero las desavenencias conyugales impidieron tan benéfico resultado. La Providencia destinaba esta gloria á los Reyes Católicos.

Si algún yerro cometió, fué el de establecer en España la Inquisición; pero aun esta falta la atenuó con haber exceptuado del odioso tribunal á los naturales de Indias.

« ¡Admirable mujer, exclama con razón un ilustre escritor, que al tiempo de rendir su espíritu se acuerda de los habitantes de otro hemisferio y no se despide de la tierra sin dejar consignado que es una obligación de humanidad y de justicia, tratar benignamente á los infelices indios! ¡Cuán mal se habían de cumplir con aquellas razas desventuradas las benéficas intenciones y mandatos de la piadosa Isabel ! »

Con la muerte de la magnánima Reina Católica perdió Colón las esperanzas de obtener la reparación que por justicia le era debida, pues la llegada de don Carlos y su madre la reina doña Juana, sus viajes, la frialdad del rey don Fernando, así como sus guerras y proyectos ambiciosos, impidieron que se le hiciera justicia, no obstante las promesas que se le habían hecho.

Así es que trabajado su organismo por tantas fatigas, viajes y vigilias y abatido su espíritu por los desdenes é ingratiudes cortesanos, entregó su alma á Dios en Valladolid el jueves de la Ascensión, 20 de mayo de 1506.

« Cristóbal Colón, dice su hijo don Fernando, era alto y bien for-

1. « Cuando nos fueron concedidas por la Santa Sede apostólica las islas y tierra firme del mar Océano descubiertas y por descubrir, dice una cláusula de su testamento, nuestra principal intención fué, al tiempo que lo suplicamos al Papa Alejandro VI, de buena memoria, que nos hizo la dicha concesión, de procurar inducir y traer los pueblos de ellas y los convertir á nuestra santa fe católica, y enviar á las dichas islas y tierra firme prelados y religiosos clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir los vecinos y moradores de ellas en la fe católica, y los doctrinar y enseñar buenas costumbres, y poner en ellos la diligencia debida, según más largamente en las letras de la dicha concesión se contiene. Suplico al Rey mi señor muy afectuosamente, y encargo y mando á la Princesa mi hija, y al Príncipe su marido, que así lo hagan y cumplan, y que éste sea su principal fin, y en ello pongan mucha diligencia, y no consentan ni den lugar á que los indios vecinos y moradores de las dichas islas y tierra firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes; más: manden que sean bien justamente tratados, y si algún agravio han recibido, lo remedien y provean de manera que no se exceda cosa alguna lo que por las letras apostólicas de la dicha concesión nos es inyungido y mandado. »

mado, frente ancha y nariz aguileña, ojos pequeños y garzos, tez blanca, cabello rubio, aunque la vida de movimiento y de exposición continua á la intemperie habian atezado su rostro y encanecido sus cabellos antes de los treinta años; dignidad y majestad en su presencia, afluencia en decir, afabilidad y mesura en sus modales, aunque á veces solía excitarle la viveza de su imaginación, y la fe en sus altos designios y proyectos; nada aficionado á diversiones y pasatiempos, porque tenian siempre embargado su espíritu los graves negocios á que consagró toda su vida. »

El descubrimiento de América es uno de los acontecimientos más notables y fecundos de la historia toda del mundo, y así como las Cruzadas al poner en contacto á la Europa con el Oriente, fueron fuente de progreso y mejoramiento, la grande obra de Colón ha sido de resultados prodigiosos. Para el Antiguo Continente sirvió de cauce al espíritu romanesco y aventurero de la época, separándolo de las guerras y revoluciones y abriéndole nuevo campo donde pudiese ser útil; mostró amplísimos horizontes para el comercio, proporcionó elementos riquísimos á industrias desconocidas; ensanchó el dominio de las ciencias y de las artes, dió vuelo á las bellas artes, ora mostrando una naturaleza prodigiosa, ora haciendo conocer nuevas costumbres, hazañas portentosas, hechos heroicos.

Para el Nuevo Mundo vino á traerle una civilización mucho más adelantada, una moral más pura, una religión incomparablemente más espiritualista y más digna: la obra de Colón fué eminentemente civilizadora.

Cruel se le mostró á Colón la fortuna aun después de muerto, pues al Continente descubierto por él se le dió el nombre de otro navegante, llamándole *América* en honor de Américo Vespucio, nacido en Florencia en 1431 de una distinguida y antigua familia, y que radicado en España, aunque dedicado al comercio, estimulado por el éxito de los viajes del ilustre genovés, hizo cinco al Nuevo Continente, tres bajo los auspicios del Gobierno de España y dos bajo los del rey de Portugal.

Se supone que Vespucio habiendo hecho un viaje en 1499 con dirección á las Indias, exploró las costas de Paria y Tierra Firme, por lo cual así como por haber hecho las primeras cartas geográficas del Nuevo Mundo en las que le dió su propio nombre, la generalidad de las personas lo adoptaron y llamaron América á la región del

globo que tantos afanes y desvelos costó á su preferido y verdadero descubridor.

Sin embargo es grato tener que inscribir una injusticia menos en el martirologio de los grandes iniciadores, haciendo constar que el navegante florentino no tuvo intervención en el despojo hecho á Colón y que no fué por tanto un usurpador.

Circunstancias de aislamiento entre las naciones cultas y de reserva con que el mismo Colón rodeó sus viajes hicieron que se ignorasen sus hazañas.

En 1505 en la villa de Saint-Dié en la Lorena, *Martinus Hylacomystas* publicó su *Cosmographia* introductio en cuya obra enumerando los países que encierran Europa, Asia y África, recuerda que Europa y Asia son dos nombres de reinas y añade: « Ahora bien, estas tres partes han sido exploradas á lo lejos, y otra, la cuarta porción, ha sido descubierta por Américo Vespucio. No veo con qué derecho podría alguien oponerse á que de Américo, el autor del descubrimiento, hombre de un genio sagaz, se le llamase América, supuesto que del mismo modo Europa y Asia han sido deudoras de sus nombres á mujeres. »

Ese nombre hizo fortuna y se generalizó, si bien hasta 1520 en el Mapamundi de Apier se registró por vez primera el nombre florentino, en lo que no pudo haber influido Vespucio, porque habia ya muerto en Sevilla en febrero de 1512.

Por otra parte tanto este navegante como Colón, ignoró siempre que habia visitado un continente desconocido, creyendo haber hecho sus viajes á Asia, y por lo mismo no podía ambicionar legar su nombre á una tierra que en su concepto ya lo tenia perfectamente conocido.

Después de Bobadilla fué Nicolás de Ovando de Gobernador á Santo Domingo, quien tratando con mucha habilidad y política á los españoles y colonos, á la vez que con sumo rigor y tiranía á los naturales, hizo prosperar mucho la colonia y producir grandes rendimientos, si bien es cierto que en cambio se destruyó rápidamente la población indigena.

De aquí provino el deseo de colonizar, y al efecto Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa pretendieron fundar establecimientos en el Continente, como en efecto lo hicieron con la real autorización, fundando dos gobiernos, uno que se extendia desde el cabo de la Vela hasta el

golfo de Darién, y el otro desde este golfo hasta el cabo de Gracias á Dios.

El espíritu de viajes iba modificándose con las circunstancias: ya no se trataba solamente de hacer descubrimientos, sino que se quería apoderarse por conquista de las tierras descubiertas y fundar establecimientos coloniales que á la vez que produjeran buenas rentas al soberano, dejaran en las manos de los súbditos pingües riquezas. Resultó pues que no sólo los monarcas de las naciones europeas emprendieran grandes expediciones por su cuenta, sino también muchos ricos y aventureros á quienes el oro, las perlas y los esclavos de la América presentaban un halagüeño porvenir.

Por todas partes del antes desierto Océano se vieron surcar diferentes naves de distintas naciones, saliendo sólo de Portugal en los 18 años que siguieron al descubrimiento de Vasco de Gama 290 naves, y de España, 14 expediciones de 1496 á 1500 y se cometieron las más escandalosas expoliaciones y los más crueles engaños.

El rey de Inglaterra Enrique VII celebró un tratado con Juan Cabot mercader veneciano y sus tres hijos Luis, Sebastián y Sancius para hacer descubrimientos y en tal virtud se descubrió el 24 de junio de 1497 la península del Labrador y la isla de San Juan; el monarca francés se valía de Juan Verrazani ciudadano florentino para descubrir la costa de Carolina del Norte; Gaspar Cortereal enviado por el gobierno portugués pirateaba que no descubría, en las costas norte americanas y Pedro Álvarez Cabral casualmente impelido por los vientos pisaba las tierras del Brasil; Juan Ponce de León buscando la fuente maravillosa, cuyas aguas rejuvenecían, descubrió la península que separa el Océano Atlántico del Golfo Mexicano, en 27 de marzo de 1512, domingo de *pascua florida* y le dió este último nombre tanto por esta circunstancia, como por la hermosa primavera que allí reinaba; Vasco Núñez de Balboa descubrió en fin, el 26 de septiembre de 1513, el Océano Pacífico, abriendo nuevo campo á los viajes y exploraciones.

CAPÍTULO III

Diego Velázquez Gobernador de Cuba. — Primeros años de Hernán Cortés. — Descubrimientos de las costas mexicanas por Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva. — Preparativos para la conquista. — Disgusto de Velázquez y Cortés. — Cozumel, Yucatán y Tabasco. — Jerónimo de Aguilar y doña Marina. — Fundación de Veracruz.

Entre las muchas personas que vinieron á América con el descubridor, se distinguió más tarde don Diego Velázquez, antiguo criado de don Diego Colón, quien se estableció en la isla Española donde fué elevado, tanto por el referido don Diego, como por el Comendador don Nicolás de Ovando, así es que cuando se hizo la conquista de Cuba en 1511, ya fué nombrado su capitán.

Entre los que fueron con él se contaba don Hernando Cortés, que en calidad de secretario le acompañaba. Nació en la ciudad de Medellín de la provincia de Extremadura (fundada por Cecilio Metelo durante la presuntuosa guerra que hizo á Sertorio) en el año de 1483, siendo sus padres don Martín Cortés y Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, quienes lo dedicaron á la carrera de las letras poniéndolo en la Universidad de Salamanca. Dos años permaneció en el estudio, pues en 1501 abandonó la carrera, porque por su genio inquieto prefería la vida de aventuras y le halagaba entonces la idea de pasar á Italia con el ejército del Gran Capitán, ó de ir á América con su amigo don Nicolás de Ovando, nombrado á la sazón Gobernador; pero fracasó por entonces su propósito porque por escalar una pared en su vida aventurera, se cayó y lo tomó entre los escombros dejándole golpeado y mal trecho, y corriendo el peligro de morir, pues un vecino que tal vió, se arrojó sobre él espada en mano, y habrialo matado á no ser por una mujer que oportunamente lo detuvo.

Restablecido de los golpes y resuelto ya á partir á las Indias, se embarcó en San Lúcar de Barrameda en la nave de Alonso Quintero en el año de 1504, con dirección á la isla Española ó de Santo Domingo, donde se asentó como vecino y vivió hasta el año de 1511